

FENOMENOLOGÍA DE LA MIRADA

Jorge Rivadeneyra A.

1.- COMO SE ENRIQUECEN LOS LENGUAJES

No se sabe si en las muchas lenguas del continente, si en las Antillas, la Isla de Robinson Crusoe, o en la Utopía de Tomás Moro, existía alguna palabra similar o cuando menos parecida al concepto de tragedia. También se desconoce el nombre con el que le incorporaron a sus idiomas. Pero se sospecha que ese probable enriquecimiento del habla nativa se produjo cuando los aventureros de Iberia se valieron del método del deslumbramiento, utilizado por los vendedores de milagros. Es una especie de encandilamiento colectivo, un artilugio que permite apropiarse de los incautos. Así que les sometieron. A los escurrizos les persiguieron con perros cazadores a los que alimentaban con niños arrebatados a las indias que les amamantaban.

Eugenio de Santa Cruz y Espejo asegura que los habitantes del continente acristianado descubrieron el significado de tragedia, aun cuando no la palabra, cuando los evangelizadores demolieron los templos paganos, pisoteando de paso a los dioses falsos. Así constaba en sus "Primicias de la Cultura de Quito" hasta el momento en el que el polvo de los años acometió la tarea de destruir el archivo del municipio. Bartolomé de las Casas, por su parte, haciendo valer su condición de testigo presencial, dice que ese suceso tuvo lugar cuando violaron a mujeres enamoradas de jóvenes guerreros e inventaron, adicionalmente, el concertaje, las mitas y los obrajes, inconcebiblemente, y aquí está el *quid* del asunto, con la ayuda de los propios avasallados. Pero incluso así, a tanta desgracia, los cronistas no le bautizaron con el nombre de tragedia sino de epopeya. Por ello, gracias al continuo enriquecimiento del idioma, actualmente se llama tragedia a los accidentes de tránsito, a los desamores, tan nefastos como los huracanes y diluvios repentinos.

Posteriormente, el lenguaje se enriqueció nuevamente cuando se redescubrió que no hay mal que dure cien años. La verificación de este principio teórico tuvo lugar en el siglo XIX, mediante un experimento denominado guerra de independencia. El comando de la hazaña estuvo en manos de *indianos*, esto es de fabulosamente ricos descendientes de los conquistadores. En esta especie de parricidio se invirtieron los papeles: epopeya para los libertadores y tragedia para los colonialistas. Pero como la independencia no produjo la felicidad esperada, se dedujo que no hay bien que por mal no venga.

Se diría que ésta es una deducción pesimista, pero quienes la vivieron en carne propia aseguran que cuando derrotaron a España, del norte vinieron los gringos, y de Europa ingleses, holandeses y franceses. Es decir otra vez invasiones y explotación a las nuevas repúblicas. En ese trecho se reinventó el pelele: se le llamó *caudillo*, es decir dirigente mesiánico, investido de todos los poderes, tantos que se ha eliminado la distinción entre Estado y gobernante. Los caudillos garantizaron la penetración del nuevo poder imperial mediante dictaduras de distinto nivel de chafa, la institucionalización de la tortura, el destierro y la muerte para que los nuevos señores ejerzan pacíficamente su dominio. Añádase *la corrupción*, que en sentido estricto no es la indebida apropiación de los bienes del Estado porque los presidentes de las repúblicas, *sub specie* del monarca, han asumido el título de propietarios aleatorios de esos recursos. Estos chafarotes de la modernidad, entre gallos y medianoche sacaban de los cuarteles a sus soldados, se proclamaban jefes supremos, se ascendían a generales con el fermentado propósito de salvar a la patria.

Esta es una invención que debería haberse patentado porque nos pertenece por derecho propio. Pero hay otro invento atribuido a la potencialidad crítica de la postmodernidad, tanto o más valioso que el anterior: la afiebrada imaginación de la latinoamericanidad ha inventado el chafarote sin cuartelazo ni proclamas al estilo de *Yo, el Supremo*, sino mediante la apropiación constitucional del congreso, de los tribunales de justicia y del poder electoral. De ese modo, son constitucionales todas las violaciones de la constitución, como por ejemplo la anulación de las candidaturas de la oposición, y si alguna arbitrariedad corre el riesgo de ser obstaculizada por la oposición, el presidente de la república apela a su tribunal supremo de justicia el cual decreta la legalidad de las trafacias.

A quienes se les educa con una visión del mundo llamado optimismo, cuyo contenido esencial es el de que la historia camina de peor a mejor por lo cual lo único que hay que hacer es sentarse a esperar, estos desastres que habrían podido ser, para Esquilo, la materia prima de la tragedia, apenas son *dramas del tercer mundo*, esto es lloriqueos, conflictos académicos entre el bien y el mal con la circunstancia de que ni el bien ni el mal son atribuibles de manera puntual a uno u otro de los implicados.

2.- VÍCTIMAS Y VICTIMARIO

Aquí es casi inevitable la tentación de considerarnos parientes del hombre homérico, ése que no puede comprender ni demandar las acciones del destino porque los actores históricos de América Latina no saben aún si son víctimas o victimarios. Sus papeles son intercambiables, como lo son la calificación de sus

valores. Los errores de juicio, fuera del alcance de la razón o de la justicia, ni siquiera son atribuibles a Dios porque él de antemano goza de buena conducta.

El lenguaje literario de América Latina es el más fastigioso; sin embargo, y a pesar de sus atributos, no es trágico. Algunas novelas se desenvuelven en los alrededores de la sinrazón, como ocurre, por ejemplo en *Rayuela*, de Cortázar, donde el sinsentido de la existencia se simboliza en el hombre que durante ocho horas diarias endereza clavos por el sólo deseo de enderezarlos. O en las últimas páginas de *Cien Años de Soledad*, de García Márquez, en las que la hecatombe final sirve para aclarar que los condenados a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra. Pero en esas novelas, como en otras de tamaño descomunal, un sistema de diques impiden que se desborden las aguas turbulentas de la tragedia. Los diques están contruidos con cosmovisiones renovadas por “el espíritu del capitalismo”. Eso también le ocurrió a Schiller: tempranamente tuvo conciencia de que el último trágico de la modernidad fue Shakespeare. Él ya sabía que no existe afinidad entre el liberalismo y la tragedia.

3.- LA BREVE OSCURIDAD DE LA EXISTENCIA

La modernidad ha implementado el reino de la disidencia y el consenso, así como el pluralismo, de tal manera que las situaciones terribles de la existencia siempre tienen soluciones lógicas. Añádase el problema del dinero y de la racionalidad, que han producido la separación tajante entre el mundo de Shakespeare con el de Adam Smith. De ese modo, el niño de “*Las Tierras del Nuaymás*” apenas sufre por el padre muerto en algún combate, uno de aquellos en que los guerrilleros van hacia una emboscada como si no supieran que van a morir. Pobrecitos, sólo son ejemplos del fracaso humano los *Artemio Cruz*, *Don Segundo Sombra*, *El Cojo Navarrete*, los que mueren en *La Vorágine*, al igual que los que luchan y sueñan en *Sobre Héroes y Tumbas*, en el *Maluco* y en *Los Perros del Paraíso*.

La tragedia de por acá es, pues, la desesperación sin alaridos, un territorio al que se ha entrado a causa de que se equivocó el camino, o porque durante la breve oscuridad de la existencia no fue posible distinguir ningún otro sendero. En este espacio el tiempo no marcha hacia adelante, esto es hacia el futuro, sino también en sentido contrario, o se estanca y se sabe que han transcurrido varios lustros por alguna convocatoria a elecciones democráticas y participativas.

¿Un espacio sin tiempo? Pero algo deben durar esos susurros, esos gruñidos de animales de presa que te degustan sin devorarte: te comen y te comen y te comen y tu ves las heridas, el tasajo, la sangre y adquieres el estatus de sobreviviente, y lo *sisifos* llevan a cuestras la orfandad, la infamia y el desastre. Ellos, los traicionados y vencidos, a veces ostentan el título de protagonistas de la historia.

Y a pesar de tanta oscuridad, reiteradamente, la tragedia, más que el suceso mismo, es la forma como se lo relata. Y enfáticamente, tragedia contemporánea no es la imposición de determinados valores debido a que los valores no se eliminan por la fuerza. Es proteico su mimetismo.

Si en América no se produjo una literatura trágica a pesar del terreno abonado, se debe a que los vencedores se impusieron no sólo con las armas, sino también con los artilugios de los chamanes: estos curanderos prodigiosos, a la chita callando se vuelven inmunes a la picadura de las serpientes ingiriendo su veneno en dosis mínimas y sucesivas. Después, los vencedores les dijeron a los vencidos: les regalamos la vida a cambio de la obediencia.

4.- EL ARMISTICIO

Una vez derrotadas las civilizaciones aborígenes, los conquistadores se transmutaron en colonizadores y desde tan alto sitio ofrecieron un *armisticio*, algo así como la suspensión de hostilidades a cambio del sometimiento. Los vencidos asumieron que era posible conservar la vida si se admitía la colonización de su conciencia, tanto más que generosamente se les prometió la salvación mediante la asunción del *cristianismo*, es decir la ideología que tiene como núcleo a Jesucristo, el hijo de Dios, el de la bondad infinita, el Redentor que sólo exige conformidad, arrepentimiento y aceptación de lo acaecido como una bienaventuranza, tomando en cuenta que la salvación no sólo es el cielo prometido. Incluye distintos paraísos: la vida eterna en el cielo, después de la muerte, y en este mundo el progreso y la democracia, es decir la inextinguible utopía.

Durante el coloniaje español llamaban *indianos* a los hijos de españoles nacidos en América. Por debajo de ellos estaban negros e indios, y una intrincada denominación de todos los emparejamientos entre todos esos grupos sociales. Hasta nuestros días ha predominado la palabra *criollo*, un término genérico aplicado a seres humanos provenientes de acoplamientos con negros puros, indios-indios y blancos europeos. La palabra ha corrido con suerte y se la ha aplicado incluso a plantas, animales y lenguajes, como el creolé, el papiamento y el amerindio. Actualmente, aun cuando todavía se emplea la palabra *criollo*, es más frecuente el uso de *mestizo*, su sinónimo. Este vocablo siempre fue despectivo; su mordacidad implícita radica en que la palabra *mestizo* equivale a subdesarrollado, tercermundista, vale decir *subamericano*.

Durante el dominio de los españoles de rancia prosapia, se contaba con un sistema de medidas, actualmente en desuso, que determinaba los porcentajes de mezcla sanguínea dando lugar a la existencia del *cholo* a secas, o de *zambos*, *cuarterones*, *ochavones*. De ese modo, el mestizaje era exclusivamente

étnico. Se nacia racialmente inferior, como con esa cruz en la frente con la que nacían los Buendía de “Cien Años de Soledad”.

El *mestizaje* es un pecado que quiere aparecer como virtud. Gracias a tan honesta intención nos hemos quedado con el genérico mestizo, tal vez a causa de que aún no es posible purificar las razas mediante los fabulosos conocimientos científicos acerca del ADN. Además, porque personas urgidas de engendrar no se detienen ante minucias como ése de precisar los porcentajes de sangre mezclada que tiene cada uno de los ardientes amantes. Como es notorio, se ha vuelto un enredijo eso de saber si la muchachita linda o el esforzado galán son o no mulatos, zambos o indios, a menos que sus rasgos faciales les denuncien a gritos y haga desistir de penetrar en el paraíso del amor a la gente sensata que sigue prefiriendo que sus mestizajes provengan de arios o sajones.

El discurso de la modernidad acerca del mestizaje latinoamericano tiene cuando menos tres niveles; a saber: 1) El coloquial, en el que se prefiere el de *cholito* en lugar de amigo; o el de criollo, palabra que contiene indudables ingredientes de autoestima, casi de orgullo. 2) Cuando el tono de la voz apenas esconde la ira, generalmente mestizo es el equivalente a mala sangre, bastante bruto, haragán y posiblemente delincuente. En suma, ¡jepa!, mucho cuidado con ese fulanito. 3) Cuando lo usan los intelectuales latinoamericanos, a veces quiere decir indecisión, dualidad, racionalidad mediada por la superstición. O también *raza cósmica*, que para Vasconcelos, inventor del concepto, raza significaba nada más y nada menos que potencialidades creadoras, espíritu de un pueblo. Es decir, nada que ver con los mulos, cuya hibridez les imposibilita, para bien o para mal, la capacidad de reproducirse. A pesar de ello, incluso se ha llegado a hablar de *las culturas híbridas* como sinónimo de mestizas, olvidando que los híbridos son estériles por naturaleza.

Se diría que esas buenas personas, con la mejor intención del mundo, han asumido el concepto peyorativo como un ensalmo, o mejor como quien intenta pulir las asperezas con palabras de consuelo, semejantes al famoso apólogo de *pobre pero honrado*. Hay que ver la cara seria de estas personas que se atribuyen tanta sabiduría. Es muy profesoral, ¡caramba!, y como en esos casos jamás se dispone del espejo idóneo, los ideólogos no pueden verse los rimbombos y no se dan cuenta de que se trata de un disparate por cuanto el uso y la defensa del concepto de mestizaje supone, a) el apareamiento de personas pertenecientes a dos razas puras que existen en algún *topos uranos*, b) Se presume que los descendientes de esas cópulas, voluntarias o compulsivas, heredan exclusivamente las mejores características de sus progenitores, y cuando les sea posible las transmitirán a sus descendientes; c) Esas características se mantendrán por los siglos de los siglos, olvidando, como hizo Darwin, que los caracteres adquiridos duran sólo hasta la quinta generación.

Hasta aquí todo marcha como más o menos ocurre en los cruces entre equinos, vacunos, caninos y porcinos. Pero gracias a un factor que no estaba en la factura, hoy en día se supone que no sólo se heredan las características somáticas sino también las culturales. Así, el mestizaje deja de ser sólo racial para transformarse en la cultura del nuevo mundo gracias a la mezcla de la cultura europea con la maya-quiché, la mochica, la chibcha o la inca, como si las culturas precolombinas o las europeas hubiesen sido monolíticas. O como si lo fuesen las culturas contemporáneas. Entonces bailar la cumbia, ir a misa y votar en las elecciones municipales está inscrito en los genes. Eso es lo dado. Esto es lo inmodificable donde no cabe la posibilidad de un caminar hacia lo que se quisiera ser, así no se sepa exactamente qué.

El nuevo ser, el mestizo latinoamericano, se convierte de ese modo en algo diferente a la especie humana, naturaleza *sui generis* porque está condenado a parir mestizos genéticos y culturales. Anticientífico, ¿no? Sin embargo, esta so-terrada ideología de salvación ofrece la perspectiva del mejoramiento étnico mediante la adquisición de los caracteres morfológicos de los vencedores, su capacidad de mando, es decir su poder.

El racismo tiene múltiples rostros a causa de sus camuflajes: incluye el "quemehimportismo" rebautizado como tolerancia. Sobre la base empírica de que existen razas, como en el mundo de los perros, crece la convicción de que el cruce de las mismas perpetúa el predominio de las mejores características de la raza superior. Ese cruce, con independencia del conflicto proveniente de la ambigüedad descrita en nuestra literatura, como en "*El Chulla Romero y Flores*", de Jorge Icaza, en "*Los Amos del Valle*", de Herrera Luque, o en "*La Conquista Erótica de las Indias*", de Ricardo Herren, constituye una especie de ideología de una pseudo emancipación, sobre todo cuando el mestizaje étnico es substituido por el mestizaje de la cultura.

La libre concurrencia, aun cuando no forma parte del armisticio inicial de lo que hoy en día se llama Latinoamérica, se ha constituido en uno de los elementos fundadores de la subjetividad de la toda la humanidad. La libre concurrencia no sólo se refiere al intercambio de mercancías. Fundamenta la teoría del contrato, el cual, entendido como convenio libre y voluntario entre dos o más personas, es la piedra sillar del concepto de igualdad ante la ley, el de libertad con el significado de posibilidad de cambiar de estatus, y el de la justicia como equivalente de convenios. Estos elementos, a su vez, han dado lugar a una *factio juris* llamada democracia, la misma que actualmente es uno de los principales pilares del capitalismo.

La libre concurrencia es uno de los modos de acumular bienes de fortuna. El afán milenarista de enriquecimiento es de viejos ancestros. Está simbolizado, por

ejemplo, en el mito del Rey Midas, al cual los dioses le concedieron el don de convertir en oro todo lo que su cuerpo toque. La aplicación de semejante privilegio demostró que en realidad era un castigo a la avaricia del rey puesto que no podía comer, ni beber, ni hacer el amor. Y en la Biblia, en el Libro del Éxodo, se cuenta que Moisés tuvo con Dios una conversación que duró cuarenta días con sus noches por cuanto, entre parábola y parábola, Moisés laminaba trabajosamente la piedra para luego esculpir los mandamientos que Dios le dictaba. Pero el pueblo elegido no estaba enterado de tan arduo dictamen, y algunos hombres de poca fe se aburririeron, y otros, sumamente pragmáticos, decidieron adorar a lo que ellos consideraron que era el dios verdadero. Y dicho y hecho; de la noche a la mañana fundieron un *Becerro de Oro*. Un fetiche, hágame el favor. Un dios falso a todas luces, al cual, sin cargos de conciencia, comenzaron a rendirle pleitesía.

La expedición de los Argonautas en pos del *Vellocino de Oro*, el viaje de Marco Polo, o la invasión y conquista de América con la desesperada búsqueda del lugar donde “nace” el oro, es decir del Dorado, apenas son la prehistoria de la avidez humana por la riqueza. Inclúyase en este prontuario al capitalismo. Pero el sistema capitalista contemporáneo, o mejor dicho “*el espíritu del capitalismo*”, como lo llama Weber en la *Ética Protestante*, se caracteriza por el afán *racional* de enriquecimiento. Esa racionalidad se expresa en el cálculo, constituido en “*proyecto matemático del mundo*”, como lo llama Heidegger en su libro “Schelling y la Libertad Humana”. Así, el cálculo debe entenderse como un paradigma, o concepción del mundo, una *atmósfera valorativa* respirada por todos los habitantes del planeta.

La metafísica de Descartes, y más aún la de Kant, establecen que la razón vuelve sistemáticas a todas las acciones del entendimiento; por este motivo, gracias a la razón se ve más allá, poniendo de relieve la unidad de lo múltiple. Así lo entiende Weber y dice, “*lo que interesa señalar es que lo decisivo en la actividad económica es guiarse en todo momento por el cálculo*”⁹.

El desarrollo capitalista se debe en gran parte a esa racionalidad calculadora. No obstante, la racionalidad es asimétrica, donde asimétrico quiere decir que es divisible y aplicable de distintas maneras. La racionalidad lógico-matemática, por ejemplo, es antagónica a la racionalidad metafísica y más aún a la mítico-religiosa. El predominio de la primera, avalada por impresionantes victorias técnico-científicas, ha dado lugar a que a las otras formas de racionalidad se las considere irracionales, o en el mejor de los casos como racionalidades subalternas. De ahí que el espíritu del capitalismo rechaza cualquier variable de la racio-

⁹ Max Weber, “*Ética Protestante o el Espíritu del Capitalismo*”, Ediciones Península, Barcelona, 1975, 11.

nalidad que atente contra el principio de que el tiempo es oro, o que la única manera de honrar a Dios sea la sumisión en el trabajo productivo. Y llevando al extremo este tipo de racionalidad, se ha determinado que *el que no trabaja no come*, principio asumido como revolucionario, célebre durante la Comuna de París, siglo XIX. Reeditado durante la revolución bolchevique de 1917, de cuando en cuando reaparece como expresión del igualitarismo, ése que proyecta bajar a los de arriba en vez de subir a los de abajo.

El destino, que de acuerdo a viejas concepciones mítico-religiosas, era una especie de condena establecida a priori por los dioses, y que de esa manera constituía la materia prima de la tragedia, en el capitalismo es sustituido por la *predestinación*. Este concepto, entendido por Weber como una nueva idea transformadora del mundo, significa que algunos hombres han sido destinados por el buen Dios a acumular bienes de fortuna, y otros a la obediencia, equivalente a una suerte de *teoría del office-boy*¹⁰.

La superación que pueda lograr un pecador, no es atribuida a él, sino a la predestinación. Esta superación, es decir la salvación, es un don de muy pocos hombres. En ningún caso es un asunto de la justicia terrenal sino de alabanza a Dios. Esta racionalidad mantiene subrepticamente viejísimas concepciones religiosas, como esa de que las enfermedades no se deben a fallas del organismo sino a castigos de Dios. En todo caso, pareciera ser una variable del fetichismo entendido como la enajenación de la inteligencia creadora del ser humano para adjudicárselo a los objetos de su propia creación. Lo más grave es que la víctima no puede protestar por las decisiones de Dios, tanto más que *"el condenado que se queja de su destino obraría como un animal que se queja de no haber nacido hombre"*¹¹.

Estos valores decisivos del capitalismo, han vuelto borrosa la conciencia trágica del hombre. Este vacío se ha llenado con el drama, ese tipo de obras teatrales en las que mueren los malos y se salvan los buenos, a diferencia de la tragedia, en la cual todos son culpables y perecen.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

De las Casas, Bartolomé (1956), *Historia de las Indias*, Biblioteca ayacucho, Caracas.

¹⁰ Ibid, nota 7, 119.

¹¹ Ibid, 122.

Frederici, Georg (1986), *Carácter del descubrimiento y Conquista de América*, FCE, México.

Fuentes, Carlos (1990), *Valiente Nuevo Mundo*, FCE, México.

Córtazar, Julio (1968), *Rayuela*, Sudamericana, Buenos Aires.

Rivadeneira, Jorge (1975), *Las Tierra del Nuaymás*, Planeta, España.

Herren, Ricardo (1991), *La Conquista Erótica de las Indicas*, Planeta, Colombia.

Heidegger, Martín (1985), *Schelling y la Libertad Humana*, Monte Ávila Editores, Caracas.

Weber, Max (1975), *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Península, Barcelona.